

HISTORIA

DE LA

ELOCUENCIA CRISTIANA.

LIBRO TERCERO.

ÉPOCA TERCERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Principios del renacimiento: defectos que subsisten aun en la época de la restauracion de las letras: consideraciones generales sobre este punto.—Menot.—Maillard: Raulin: Barlette y otros.—El P. Jeune: San Francisco de Sales y San Vicente de Paul.

A principios del siglo XV comienzan á sentirse los primeros albores de una nueva era en la historia de la humanidad, producto de los diversos elementos de cultura que hemos señalado en la edad media, y consecuencia forzosa de la actividad individual de los pueblos, libremente constituidos para manifestarse en todas las esferas, é interesados en aumentar los signos exteriores de su poder y su grandeza.

Desentendiéndonos de las pretensiones mas ó menos fundadas de los autores en materia de supremacía y prioridad, y no pudiendo abarcar, sin esponernos á ser confusos, en un libro que consagramos á la enseñanza, bajo una sola mirada les diversos aspectos que durante esta tercera época nos pre-

senta la oratoria del púlpito, vamos á completar las noticias que antes de ahora hemos anticipado respecto al estado de la Elocuencia cristiana antes del siglo XVI, á fin de entrar desembarazadamente en el estudio del gran período que nos ofrece la escuela mística española, iniciadora del mayor apogeo de la palabra del sacerdocio en los últimos días de la época que vamos á historiar.

El A. Henry, que al emitir su opinion respecto á los oradores posteriores á San Bernardo, no cree dignos de mencion especial ninguno de los que por nuestra parte hemos elogiado; que pasa en silencio cuanto se refiere á la elocuencia sagrada durante los siglos medios, se lamenta despues de la severidad con que la crítica ha juzgado á la gran mayoría de los oradores franceses del siglo XV y XVI, cuyos defectos fueron muy semejantes á los de aquellos de que tan injustamente se olvidada. Al defender á Menot, Maillard, Raulin y otros, de las invectivas de Voltaire, que los apellida *adulteradores* del buen gusto y *promovedores* del estilo *macarrónico*, el ilustre escritor francés, cuya obra nos ha servido de mucho para la correccion definitiva de la nuestra, hace una brillante defensa de la elocuencia de los primeros dias del renacimiento; pudiéndose aplicar sin violencia á este mismo objeto, las eruditas apreciaciones de Mr. Gérúzez, al examinar, bajo el punto de vista del lenguaje, del mal gusto y la escesia sencillez, las censuras apasionadas que se lanzan contra los oradores franceses de esta edad, y que son una nueva demostracion de cuanto nosotros hemos dicho respecto á ciertos lunares que se encuentran en los discursos de casi todos los fervorosos predicadores de los siglos medios, en los de muchos de la época de la renovacion de los estudios clásicos, y mas particularmente en

los de aquellos que hicieron uso por vez primera en el púlpito de los idiomas vulgares.

¿Es cierto, pregunta á este propósito Mr. Gérúzez, que los sermones de Menot y de sus contemporáneos fueron pronunciados en lengua híbrida, medio latina y medio francesa, ó como dice Voltaire, en una algarabía *macarrónica*? Semejante asercion carece de fundamento, pues no es verosímil que en una época en que el uso del latin llegó á ser privilegio esclusivo del sábio, el orador cristiano que se dirigia al pueblo, hubiese hablado para no ser comprendido, ó para serlo únicamente por una parte de su auditorio. A mas de esto, sabido es que se han conservado muchos sermones en lengua vulgar, pudiendo citar entre otros el famoso discurso de Maillard, conocido con el nombre del *Tosedor*, por las muchas pausas que el predicador hacia para toser y para escupir, indicadas al márgen por medio de estas palabras: *hems, hems*.

En este mismo discurso, el orador, despues de hacer una cita latina, se vuelve hácia un grupo de mujeres y las dirige el siguiente apóstrofe: «Direis, señoras, que no entendeis el latin, y que no sabeis lo que quiero decir; voy, pues, á explicaros el sentido de mis palabras;» y acto continuo entra en la explicacion que ha prometido, lo cual no impide que en el sermón impreso, así el apóstrofe como la explicacion, se hallen en latin: *Obscurum per obscurius*. ¿Puede por esto solo negarse que se pronunciara en lengua vulgar? pues si todo él lo hubiese pronunciado en latin, sus oyentes, que no entendian este idioma, por mas que la chocarrería fuese completa, ¿no hubiera para ellos pasado desapercibida?

Pero en este supuesto, ¿cómo puede explicarse la mezcla de las dos lenguas en varios de los sermones impresos que co-

nocemos de esta época? Reduzcamos el hecho á sus verdaderas proporciones. Aquella mezcla frecuente en Menot y otros oradores es mucho mas rara en Maillard, y no existe en Raulin. Para esplicar esta diferencia, basta tener presente que aquellos sermones no se publicaban por sus autores, sino que ciertos oyentes los redactaban despues, consultando su memoria y los apuntes que habian tomado. Era á mas de esto práctica general entonces poner en latin todo lo que se decia en lengua vulgar. Los paises de la lengua de *Oc* en Francia, tales como la Bretaña, no hubieran comprendido la lengua de *Oïl*, al paso que los clérigos de todas las provincias comprendian la lengua latina. Por desgracia, semejantes traducciones se hacian por personas poco hábiles; y cuando el latin que sabian era insuficiente para reproducir los idiotismos de la lengua vulgar, los trascribian sin escrúpulo, ó se contentaban con disfrazarlos ruda y toscamente, de lo cual provienen las locuciones estrañas intercaladas en el testo latino, y las frases casi macarrónicas que se critican. Esta mezcla no es, pues, obra de los oradores, sino de los traductores inhábiles, que lo mismo existian en Francia que en los demás paises.

Pasemos al segundo cargo, esto es, á la parte grotesca, y aquí conviene advertir, primeramente, que la mezcla de las lenguas entra por mucho en aquel defecto, y que esplicándola le hemos atenuado en gran parte. No queda, pues, sino el uso de las locuciones vulgares, de las comparaciones familiares y de los apólogos divertidos. Si los predicadores han empleado los chistes como un fin y no como un medio, ¿deberá esto reprobarse? Si semejantes licencias eran hijas de la necesidad de interesar al auditorio y de despertar su atencion, sin apartarlo del objeto moral; si despues de haber referido una

anécdota chistosa ó un apólogo malicioso, sacan de ellos una leccion; si vuelven á emprender el tono sério; si encaminan hácia las virtudes cristianas y hácia los deberes religiosos al auditorio, á quien por un momento divierten, ¿no es forzoso convenir en que, como hemos dicho antes de ahora hablando de estos mismos defectos, semejante proceder era un feliz artificio oratorio, tomado de los griegos, si se quiere, pero siempre eficaz y poderoso? ¿No es el principal mérito del hombre que habla el hacerse escuchar y llegar por todos los medios posibles á la inteligencia y al corazon de sus oyentes?

Los sermonarios del siglo XV, se dice, hablaron en Francia y fuera de ella la lengua del pueblo: ¡estraña reconvencion! toda vez que al pueblo era á quien se dirigian y el lenguaje pulido que se echa de menos en ellos aun no era conocido, porque no habia verdadera gerarquía entre las palabras y todas seguian una regla de perfecta igualdad: no habiendo entre ellas nobles ni plebeyos, pues la restauracion de las lenguas tuvo lugar mas tarde y se trabajó durante muchos siglos en toda Europa. El contraste de las palabras cultas con las rudas ó grotescas, que produce el tono burlesco, no podia, pues, ser advertido por los oyentes de la época de Menot ni de Maillard, como se advierte por los críticos que los censuran.

El cinismo de nuestros oradores religiosos de la Francia, continúa M. Géruzez, es mas bien un anacronismo de los críticos modernos. Para juzgar bien á un siglo, es menester hacerlo revivir y colocarse en el punto de vista de los contemporáneos. Las palabras toscas, las palabras que parecen impropias y escandalizan en la actualidad á nuestra delicadeza, es-

tas palabras, rechazadas en nuestros dias, y que hace cincuenta años escitaban la risa, si retrocedemos siglo y medio mas, pasaban desapercibidas, nada tenian de repugnante para los oyentes del siglo XV, y recibidas en la conversacion, se admitian naturalmente en los discursos.

De una manera tan natural, tan sencilla, defiende M. Géruzez á los oradores franceses del siglo XV y principios del XVI; defensa que se estiende sin violencia alguna á los que, mas que por la forma, por el fondo y el fruto admirable de su predicacion, hemos elogiado en el libro anterior, y precedieron mas ó menos directamente á la época de la restauracion de las letras, que coincidió con el nacimiento de los idiomas vulgares, de que se valieron muy presto los oradores sagrados para hacerse entender, esceptuando algunos periodos en que, como sucedió en España, la afición á los estudios clásicos hizo se estudiase el idioma del pueblo rey y se escribiesen en él libros admirables y discursos sagrados de gran mérito, de que mas adelante y en este mismo libro habremos de ocuparnos con mayor estension.

Lo que nos cumple en este momento es indicar los primeros albores del renacimiento, que se dibujan en el siglo XV de una manera perceptible, pero que no bastan á librar á los oradores cristianos de los defectos que eran mas comunes en la edad media, porque el tránsito de una á otra época no se realiza repentinamente, sino que solo se percibe despues de un minucioso exámen de pequeñas circunstancias, de incidentes quizá contradictorios al parecer.

En tal sentido, y aunque hayamos creído conveniente hacer una division en el estudio de la historia de la Elocuencia cristiana en el siglo XV, no es estraño que por algun tiempo

fuese en general lánguido y rudo el lenguaje empleado para explicar los misterios augustos de la religion.

Defectos muy marcados se notan en varones eclesiásticos de gran valía, aun despues de estar adelantada la cultura y el buen gusto, que llegó á su mayor altura en el siglo XVII, límite de este periodo en la historia de la predicacion, como el siglo XV es su natural principio. Ellos acertaron, sin embargo, á interpretar rectamente aquella esclusion que un santo antiguo parece exigia en el estilo oratorio de la escuela cristiana. Supieron conocer la naturaleza de la pompa supérflua, de las palabras y del fausto ostentoso, que tenian por objeto la gloria personal, y no el triunfo de la verdad; siendo este el sentido en que hablaba San Basilio, cuando queria que fuese desconocido en la Iglesia el uso de la elocuencia profana. Armados contra esta perversion de ideas, y superiores al poder en que se hallaba establecida la ociosidad y la ignorancia, indisculpables en sus pretextos, y tal vez acreedores á disculpa, por la infeliz suerte de los tiempos rudos, dieron á entender era digna de espresiones bien reguladas la causa de la religion.

Hasta el tiempo de la restauracion de las letras, dice el Obispo de Beja, dominó un estilo de predicar pueril y saltado, por la flaqueza de explicar la Escritura sagrada con alegorías forzadas, verbales, nada aptas é imprudentes; tampoco niega que entonces, mas que en otros siglos, prevaleciese un estilo conforme á la atencion de unos oyentes alimentados de ligeros y superficiales conceptos; porque á la verdad, este abuso de la razon y de la palabra de Dios aun tuvo sus partidarios en siglos mas adelantados; por esto, si reflexionamos en el método que era frecuente, cuando los hombres desconocian los preceptos de hablar bien, antes de los siglos ilus-

trados, hallaremos el uso de un lenguaje oscuro y de una muchedumbre de autoridades fuera de tiempo: hallaremos amontonadas en forma escolástica ó sin método las alegorías: hallaremos que se practicaba una frase en intimar las doctrinas, que tenia su origen en el modo rústico de pensar, entonces autorizado, porque la locucion era popular y simple; pero aquellos defectos tan vigorosos hasta el siglo XV, fueron substituidos en los años siguientes por errores dignos de mayor censura y reprobacion, y que no poco influyeron por su bulto y generalidad en rehacer el vigoroso impulso dado á las letras por los hombres verdaderamente sábios del siglo XV y XVI.

Es bien extraño, y sin embargo así acontece, que se separaran de la verdad, así en la materia como en la forma, todos aquellos predicadores que al tiempo de hallar en el mundo la luz de los preceptos profanos y sagrados, huian de la misma luz, é ingratos al beneficio, le sofocaban prefiriendo al mérito real el nombre de grandes oradores, aunque no lo fuesen sino por una simple aclamacion destituida de verdad.

De estos vicios del púlpito, tan comunes á todas las naciones y á todos los tiempos, dan testimonio los mismos que lo refieren ó reprenden. La defectuosa elocuencia del púlpito en tiempo ya de la reforma de las letras, dió ocasion á ser ridiculizada por Hutem en las famosas epístolas *Obscuriorum viro- rum*; y por Erasmo en el *Encomium Moricæ*. Esta obra aun es mas satírica en la traduccion de Greudeville. Los sábios sabrán leer estas invectivas con la prudencia y discernimiento necesario, para distinguir entre la mordacidad, entre la pasion y la buena crítica, no solo con relacion á la materia que se sujeta al púlpito, sino tambien en otros asuntos. Acerca de

los sermones en Alemania, dá una triste idea Tritemio (1). El Padre Bouhouz notó los conceptos frívolos de los predicadores de Francia (2). Balzac se admira cuando encuentra un buen predicador (3), y este mismo sábio, aunque pone en salvo el mérito de los buenos oradores eclesiásticos, no se atreve á escusar los defectos de los que daban principio á sus discursos por una frívola erudicion (4). En otra parte reprueba los predicadores que en su tiempo sacaban «la quinta esencia» (segun él se esplica) á la sagrada Escritura (5). El abad Leblanc manifiesta cuán sensible le fué el que degenerase en Francia la elocuencia del púlpito (6). Cospeau, Obispo de Lisieux, fué uno de los primeros predicadores que en los sermones introdujo en Francia las citas de los poetas, mezcladas con el uso de la Escritura y Santos Padres. Los defectos de Italia y su reforma, los refiere en compendio el ilustre Muratori (7). Bruys asegura haber conocido en Ginebra predicadores

(1) «Nostri autem concionatores majore in numero purissimos Dei sermones Aristotelicis Julianisque intermiscunt opinionibus, crebrius philosophos gentilium, quam Christi Apostolos allegantes. ¡Proh pudor! tam celebris facta est Verbi Dei præconibus Peripateticorum auctoritas, ut in cathedra Christi crebrius Aristoteles citetur in medium quam Paulus, aut Petrus, Sacratissimi Principes Apostolorum.» Tritem. *Epist.* Jacobo Kymolano, 22 Julii, 1505.

(2) *La manière de bien penser dans les ouvrages d'esprit*, pág. 55, edic. Cramoisy.

(3) *Lettr. á Conrart*, lib. I, letr. 3.

(4) *Lettr. Chois.* 16, pág. 73, edic. Elseviers.

(5) *Socrat. Chret. Disc.* 7, 17.

(6) *Tom. 2, letr. 43.*

(7) *Refless. sopra il buon gusto*, part. 2, pág. 244. I. «Secoli barbari ed ignorantí diedero un gran tracollo alla vera Rettorica, allora che *magno conatu magnæ nugæ agebantur*. Per ristorarla si adoparano assaissimo valerosi nomini dopo il 1500 é specialmente in Italia. Ma ritorno essa di bel nuovo nel seguente secolo a ricevere delle ferite da un'altro eccesso, cioè adire dall'affettazione; dalla quale disaven-

hábles, al paso que otros movian á compasion (1). De la elocuencia sagrada en Inglaterra, escribe un anónimo, que hubo tiempo en que estaba reducida á comparaciones frecuentes, ejemplos estravagantes y mil puerilidades (2). Swist, hablando de este mismo país, afirma conocer á muchos ministros evangélicos que jamás se resolvian á bajar del púlpito sin pronunciar una docena de sutilezas, durándoles esta manía mas ó menos tiempo, segun su mayor ó menor imprudencia (3). En tiempo de Jacobo I constituyeron la pasion de los predicadores ingleses, las agudezas del espíritu, como dice Addison, vicio que llevó, por lo que mira al teatro, el célebre Shakespeare. Los ingleses tienen sermones como los italianos, franceses y españoles, aun en el principio de la restauracion, con extraordinarios títulos, como las *Visiones Biblicas* de José Hall, Obispo de Escester, y la *Zootomia*, esto es, *observaciones en que por los muertos se trata de los vivos*. Addison nota que aquellos oradores no tienen accion, y que *gesticulan* menos que los de otros países: que los oyentes se duermen por lo ordinario en los sermones mas sólidos y mas bien trabajados (4). Luis

tura si è ella ora mai quasi totalmente riscossa, et si va tuttavia rimettendo mercè del buon gusto, che torna ad allignare piu che mai.»

(1) *Memoir. sur les Suisses, tom. I, pág. 76.*

(2) *Traite de l'incertitude des Sciences, cap. 4, pág. 73.* «L'on scait bien quel gout d'éloquence a regné pendant les derniers troubles, sur-tout dans la Chaire... L'éloquence consistoit en comparaisons frequentes, en exemples bizarres, et en mille autres puerilités: ce qui charmoit le peuple, jusq'a le mettre hors de lui même, et a eblouir sa raison.»

(3) Véase el *Journal Historique de la Republique des Lettres*, en el mes de noviembre de 1733.

(4) *Spectateur. Disc. 47 y 48, tomo I, ed. 4, 1755, tomo II, dic. 9 y 57.* Véase el abad Leblanc, tomo II, letr. 43, y tomo III, letr. 90. Léase el *Journal Etranger Janvier, 1757, art. Angleterre, pág. 14 y 17.*

Vives, autor español, refiere con espresiones muy atentas los defectos de los predicadores de nuestra patria, y de otras en su tiempo, cuando ya se trabajaba en disipar el contagio de los bárbaros (1), justificando todos estos autores lo que acerca de otros defectos hemos dicho repetidas veces.

El que se halle con instruccion necesaria para juzgar bien, haga análisis de los sermones impresos en España y Portugal, y observará los defectos que en estas naciones fueron usuales en el púlpito despues de Luis Vives, y que en Alemania se prolongaron hasta el siglo XVIII. Juan Samuel Strykio declama contra los predicadores que no sabian ejercer el ministerio como es debido. Un crítico de mérito pretende que los alemanes esceden á las demás naciones en juegos de espíritu, como son los acrósticos, anagramas, pasion comun

en este mismo diario y año; pero en el mes de marzo se lee la noticia de una composicion de *Tomas Sheridan*, en que este autor se queja de que no se perfeccione el clero de su nacion en el uso de la elocuencia, porque no habiendo religion sin culto, no hay culto sin elocuencia.

(1) «Ita sacri concionatores priscis illis oratoribus successere, sed dissimilimo successo: nam quanto illos superamus rebus, tanto partibus omnibus eloquentiæ, tota vi persuadendi, sentiis, argumentis, dispositione, verbis, genere orationis, actione inferiores sumus. Cujus rei culpa divisa est inter dicentem, et audientem. Olim qui dicebant erant calentissimi usus, et totius prudentiæ communis, tractandorum animorum peritissimi artifices. Qui nunc dicunt cuam dispares, imperiti, ignari vitæ, immo et communis sensus: qui sint affectus, aut quemadmodum vel impellendi, vel revocandi animo nescii. Nec cui rei quæ verba, quod genus orationis sit adhibendum norunt, omnia bene convenire omnibus rati. Sententias habent plumbeas, frigidas, jacentes, segnes, quæ animos dejiciant citius, quam exciteat: argumentatiunculas colligunt ab illo exercitio Scholasticæ quæ ventilant quidem, et titillant interdum, numquam feriunt, aut cædunt. Dispositio fusa, et dissipata: nihil dicunt suo loco: actio immoderata: nihil prore, aut tempore: non in voce, non in oculis, et ore, non in manu, et digitis, non in gestu, et statu corporis universi...» (Véase el texto.)